

conocidas de los cristianos de Occidente. «Ningun lugar en el universo, dice el padre Neret, inspira mas devocion... La llegada continua de las caravanas de todas las naciones cristianas, las oraciones públicas, las adoraciones... la riqueza misma de los presentes que los príncipes cristianos han enviado allí... todo esto escrita en el alma ideas y emociones á propósito para ser sentidas que espresadas.»

Añadamos que un contraste extraordinario hace estas cosas aun mas maravillosas; porque, al salir de la gruta donde se han hallado la riqueza, las artes y la religion de los pueblos civilizados, el viajero se ve trasladado á una soledad profunda, en medio de las chozas árabes, entre unos salvajes medio desnudos y unos musulmanes sin fe. Y, no obstante, aquellos lugares son los mismos donde se obraron tantas mara-



LLEGADA Á JAJA.

villas; pero esa Tierra-Santa no se atreve ya á hacer brillar esteriormente su alegría, y oculta en su seno los recuerdos de su gloria.

Bajamos luego de la gruta de la Natividad á la capilla subterránea donde la tradicion coloca la sepultura de los Inocentes: «Herodes envió á degollar en Belém» y en todo el país comarcano á todos los niños de edad de dos años y aun menos; entonces se cumplió lo

que habia sido predicho por el profeta Jeremías: *Vox in Rama audita est.*

La capilla de los Inocentes nos condujo á la gruta de San Gerónimo; en ella se ven el sepulcro de este doctor de la Iglesia; el de San Eusebio, y los de Santa Paula y Santa Eustoquia.

San Gerónimo pasó la mayor parte de su vida en esta gruta, desde la que vió la caída del imperio ro-

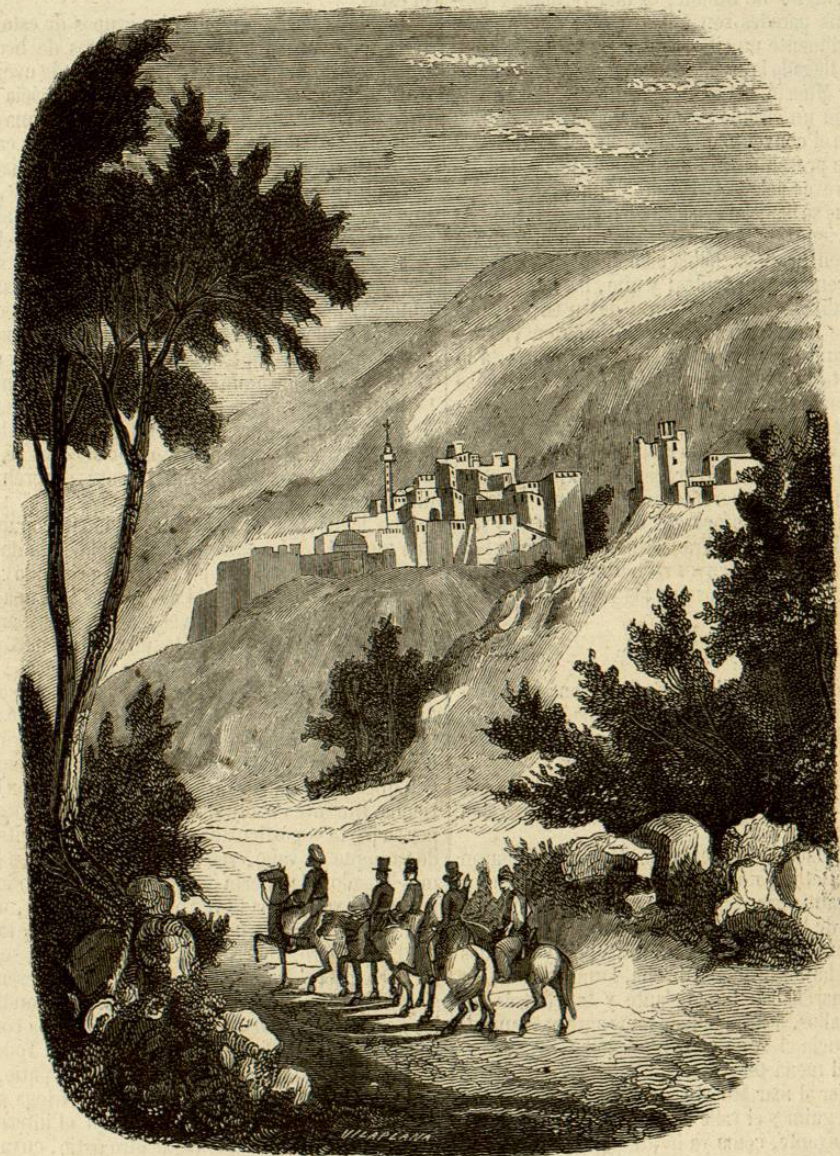
mano; en ella recibió á aquellos fugitivos patricios, que despues de haber poseido los mas suntuosos palacios de la tierra, se creyeron dichosos en participar de la celda de un cenobita. La paz que el santo gozaba y las profundas agitaciones del mundo, producen un efecto maravilloso en las cartas del sabio intérprete de la Escritura.

Santa Paula y su hija Santa Eustoquia eran dos principales damas romanas de la familia de los Gracos

y los Escipiones, que abandonaron las delicias de Roma, para ir á vivir y morir en Belém en la práctica de las virtudes monásticas. Su epitafio, hecho por San Gerónimo, no tiene bastante mérito y es harto conocido para ser trasladado aquí:

Scipio, quam genuit, etc.

En el oratorio de San Gerónimo se ve un cuadro en que este santo conserva el aire de cabeza que le atri-



BELÉN.

buyen el pincel del Carrachio y del Dominiquino. Otro cuadro representa á Santa Paula y Santa Eustoquia. Estas dos herederas de Escipion están pintadas difuntas en un mismo ataúd. El pintor, obedeciendo á una idea tierna, ha dado á entrambas santas una semejanza completa; solo se distingue la hija de la madre por su juventud y su velo blanco; una ha caminado

mas tiempo y la otra con mas rapidez en la senda de la vida, pero llegaron al puerto al mismo tiempo.

Entre los muchos cuadros que se ven en aquellos lugares santos y que ningun viajero ha descrito, he creído reconocer algunas veces los toques místicos y el tono inspirado de Murillo. Seria bastante extraño que un gran maestro tuviese en el Pesebre ó en el



sepulcro del Salvador alguna obra maestra desconocida.

Subimos de nuevo al convento, y examiné el campo desde una azotea. Belém está construido sobre un montecillo que domina un largo valle, que se extiende de Oriente á Occidente; la colina del Mediodía está cubierta de algunos olivos; su terreno es rojizo, y está erizada de guijarros; la colina del Norte presenta algunas higueras en un suelo parecido al de la otra colina. Descúbrense aquí y acullá algunas ruinas, y entre otras las de una torre llamada la *Torre de San Pablo*. Entré en el monasterio, que debe una parte de su riqueza á Balduino, rey de Jerusalém y sucesor de Godofredo de Bullon; es una verdadera fortaleza, y sus paredes son tan gruesas, que pueden sostener fácilmente un sitio contra los turcos.

Habiendo llegado la escolta árabe, me dispuse á marchar al mar Muerto. Al desayunarme con los frailes, que formaban un círculo en mi derredor, me dijeron que habia en el convento un fraile francés. Enviéle á buscar, y se presentó con humilde actitud, saludándome en breves palabras. Hicele algunas preguntas, y me dijo que se llamaba el padre Clemente, natural de las inmediaciones de Mayenne; que hallándose en un monasterio en Bretaña, habia sido deportado á España con un centenar de frailes; y que, habiendo recibido hospitalidad en un convento de su Orden, sus superiores le habian enviado de misionero á Tierra-Santa. Preguntéle si deseaba volver á su patria, á lo que me contestó que esto le era indiferente, pues se prometía, por el mérito del pesebre del Salvador, alcanzar la fuerza de morir allí, sin importunar á nadie, y sin pensar en un país donde nadie se acordaba de él.

El padre Clemente se vió precisado á retirarse, pues mi presencia habia despertado en su corazón unos sentimientos que en vano procuraba estinguir. Tales son los destinos humanos: un francés llora hoy su pérdida patria en el mismo suelo cuyos recuerdos inspiraron en otro tiempo el mas hermoso de los cánticos alusivos al amor de la patria:

Super flumina Babylonis, etc.

Empero no todos aquellos hijos de Aaron que colgaron sus arpas en los sauces de Babilonia, regresaron á la ciudad de David; no todas aquellas hijas de Judea que esclamaban en las orillas del Eufrates:

Oh márgenes del Jordan! oh campos amados de los cielos! etc.;

no todas aquellas compañeras de Ester, regresaron á Emmaús y Bethel; muchas dejaron sus restos en los campos del cautiverio.

A las diez de la mañana montamos á caballo y salimos de Belém; seis árabes belemitas á pié, y armados de puñales y largos fusiles de mecha, formaban nuestra escolta, y marchaban tres delante y tres detrás de nuestros caballos, á los que habiamos agregado un asno que conducia el agua y las provisiones. Tomamos el camino del monasterio de San Sabas, desde donde debiamos bajar al mar Muerto y volver por el Jordan.

Primero seguimos el valle de Belém, que se extiende hácia el Levante, como ya he dicho, y pasamos un grupo de montañas, en que se ve, hácia la derecha, una viña recién plantada, cosa bastante rara en el país para que me haya llamado la atención.

Llegamos á una gruta llamada la *Gruta de los Pastores*. Los árabes la denominan aun *Dia-el-Natour*, esto es, la *Ciudad de los Pastores*. Dicese que Abraham apacentaba sus rebaños en este lugar, y que los pastores de la Judea fueron avisados en el mismo del nacimiento del Salvador.

La piedad de los fieles ha transformado esta gruta en una capilla. Esta debia estar muy adornada en otro tiempo, pues he visto tres capiteles de orden corintio, y otros dos del jónico. El descubrimiento de estos era

una verdadera maravilla, porque despues del siglo de Elena no se halla sino el eterno corintio.

Al salir de esta gruta y caminando siempre hácia el Oriente, sin perder de vista el Mediodía, dejamos las montañas Rojas, para entrar en una cordillera de montañas blanquecinas. Nuestros caballos se hundian en una tierra blanda y arcillosa formada de los restos de una roca caliza. Esta tierra estaba tan horriblemente despuda, que ni aun tenia una corteza de musgo. Veíase únicamente crecer aquí y acullá algunas plantas espinosas, tan descoloridas como el suelo que las produce, y que parecen cubiertas de polvo como los árboles de nuestros caminos reales durante el estio.

Dando la vuelta á uno de los grupos de estas montañas, descubrimos dos campamentos de beduinos: uno formado de siete tiendas de pieles de ovejas negras, dispuestas en cuadrilongo, abierto hácia su extremidad oriental; el otro se componia de una docena de tiendas plantadas circularmente. Algunos camellos y algunas yeguas vagaban por aquellas inmediaciones.

Era demasiado tarde para retroceder: fue, pues, preciso, mostrar serenidad y atravesar el segundo campamento. Los árabes tocaron la mano de los belemitas y la barba de Ali-Agá. Mas, no bien habiamos salvado las últimas tiendas, un beduino detuvo el asno que conducia los víveres; los belemitas quisieron rechazarle, y el árabe llamó en su auxilio á sus compañeros, que montaron al punto á caballo, se armaron y nos envolvieron. Allí consiguió aplacar aquel tumulto, mediante algun dinero. Aquellos beduinos nos exigieron un derecho de paso, pues, por lo visto, toman el desierto por una carretera; tienen razon: cada cual es dueño de su casa. Pero esto era únicamente el preludio de una escena mas violenta.

Una legua mas allá, bajando la ladera opuesta de una montaña, descubrimos las cúspides de dos altas torres, que se elevaban en un valle profundo: era el convento de San Sabas. Al acercarnos á él una nueva horda de árabes, oculta en el fondo de un barranco, se arrojó sobre nuestra escolta, prorrumpiendo en aullidos. En un instante vimos volar las piedras; brillar los puñales y asestarse los fusiles. Allí se lanzó á la refriega; y todos acudimos á prestarle apoyo; asíó al caudillo de los beduinos por la barba, le arrastró hasta colocarlo bajo la harriga de su caballo, y le amenazó con quitarle la vida, sino hacia poner término á la contienda. Durante este tumulto, un fraile griego gritaba por su parte y gesticulaba desde una torre, intentando, aunque en vano, restablecer la paz. Todos habiamos llegado á la puerta de San Sabas, en cuyo interior los frailes volvian la llave, pero con lentitud, porque temian que en tal confusion el monasterio fuese saqueado. El genízaro, aburrido de estas dilaciones, se enfurecia contra los frailes y los árabes. Al fin desenvainó su alfanje, é iba á derribar la cabeza del caudillo de los beduinos, que mantenía asido de la barba con pasmosa fuerza, cuando se abrió el convento. Todos nos precipitamos en completo desorden en un patio, cuya puerta se cerró á nuestra espalda. La refriega se hizo entonces mas seria: no estábamos en el interior del convento, pues habia que pasar otro patio, cuya puerta no estaba abierta. Estábamos, pues, encerrados en un reducido espacio, donde nos heriamos con nuestras armas, y donde nuestros caballos, escitados por el estrépito, se habian enfurecido. Allí aseguraba habia desviado una puñalada que un árabe iba á descargar-me por detrás, y me enseñaba su mano ensangrentada; pero Ali, hombre por otra parte muy valiente, amaba el dinero como todos los turcos. La última puerta del convento se abrió; dejése ver el prior, dijo algunas palabras, y cesó aquel tumulto. Entonces supimos el motivo de tan reñida pelea.

Los árabes que acababan de atacarnos pertenecian á una tribu que sostenia era la única que tenia el dere-

cho de conducir los extranjeros á San Sabas. Los belemitas, que deseaban percibir el estipendio de la escolta, y que están obligados á sostener una reputacion de valor, no habian querido ceder. El prior habia prometido que yo satisfaría á los beduinos, y el negocio quedó arraglado. Yo me negaba á darles cosa alguna, para castigarles; pero Ali-Agá me hizo presente que si persistia en esta resolucion, no podríamos llegar al Jordan; pues aquellos árabes irian á dar la voz de alarma á las demás tribus, y que seriamos infaliblemente asesinados; que por esta razon no habia querido cortar la cabeza al caudillo, porque una vez derramada alguna sangre, no hubiéramos podido tomar otro partido que volver apresuradamente á Jerusalém.

Dudo que los conventos de Scetú se hallen situados en lugares mas tristes y desolados que el convento de San Sabas. Está construido en el mismo cauce del torrente Cedron, que en aquel lugar puede tener tres ó cuatrocientos piés de profundidad. Este torrente está seco, y solo en la primavera arrastra un agua cenagosa y rojiza. La iglesia ocupa una pequeña eminencia en el fondo del cauce. Desde aquí se elevan las dependencias del monasterio por medio de unas escaleras perpendiculares, y unos pasadizos practicados en la roca, sobre la pendiente del álveo, y llegan así á la cima de la montaña, en la que terminan en dos torres cuadradas. Una de ellas está fuera del convento, y servia antiguamente de atalaya para observar á los árabes; desde lo alto de estas torres se descubren las estériles cumbres de las montañas de Judea; y al pié, la vista se abisma en el exhausto cauce del torrente Cedron, donde se ven las grutas en otro tiempo habitadas por los primeros anacoretas. Unas palomas azules anidan hoy en aquellas grutas, como para recordar con sus gemidos, su inocencia y su dulzura, los santos y antiguos pobladores de aquellos peñascos. No debo olvidar una palmera que crece sobre una de las azoteas del convento, pues estoy persuadido de que todos los viajeros la admirarán como yo; es preciso hallarse rodeado de una esterilidad igualmente horrorosa, para conocer el precio de aquella frondosa palmera.

Relativamente á la parte histórica del convento de San Sabas, el lector puede recurrir á la carta del padre Neret, y á la *Vida de los Padres del Desierto*. Enséñanse actualmente en el monasterio tres ó cuatro mil calaveras de religiosos muertos por los infieles. Los frailes me dejaron un cuarto de hora enteramente solo con estos tristes despojos, pues parece habian adivinado que mi objeto era pintar un día la situacion del alma de los solitarios de la Tebáida. Pero recuerdo aun con un sentimiento de disgusto que un fraile quiso hablarme de política, y referirme los secretos de la corte de Rusia: «Ah hermano mio! le respondí, ¿dónde hallareis la paz si aquí no la hallais?»

Saliendo del convento á las tres de la tarde, subimos al torrente Cedron, y lo atravesamos; seguimos luego nuestro camino hácia Levante, y descubrimos á Jerusalém por una separacion de las montañas. Yo no podia darme una cuenta exacta de lo que miraba, pues creia ver un conjunto informe de peñascos rotos; la súbita aparicion de aquella ciudad desolada en medio de una soledad, desolada tambien, tenia algo de aterrador: era verdaderamente la ruina del desierto.

Adelantamos: el aspecto de las montañas era siempre el mismo; esto es, blanco-pulverulento, sin sombras, sin árboles, sin yerba y sin musgo. A las cuatro y media bajamos de la alta cadena de estas montañas á otra menos elevada. Durante cincuenta minutos caminamos por un terreno bastante igual. Al fin llegamos á la última fila de los montes que rodean al Occidente el valle del Jordan y las aguas del mar Muerto. El sol se hallaba próximo á su ocaso; nos apeamos para dar algun descanso á los caballos, y contemplé á mi placer el lago, el valle y el rio.

Cuando se habla de un valle, la imaginacion se representa un valle cultivado ó inculto: si cultivado, está cubierto de mieses, viñedos, aldeas y rebaños; si inculto, presenta dehesas ó bosques; y si lo riega un rio, este tiene sinuosidades cuyas perspectivas atraen agradablemente las miradas.

Pero en el valle del Jordan nada de esto tiene lugar; figúrese el lector dos largas cordilleras que se estienden paralelamente de Norte á Mediodía, sin rodeos, sin sinuosidades. La cordillera oriental, llamada *Montaña de Arabia*, es la mas alta; y vista á la distancia de ocho ó diez leguas, parece una inmensa pared perpendicular, enteramente semejante al Jura por su forma y su color azulado; no se distingue en ella ni una cumbre, ni la mas pequeña cima; tan solo se descubren á trechos algunas leves inflexiones, como si la mano del pintor que trazó esta linea horizontal en el cielo, hubiese temblado en algunos parajes (1).

La cordillera occidental pertenece á las montañas de Judea. Mas alta y desigual que la anterior, se diferencia tambien de ella por su naturaleza, pues presenta grandes masas de greda y arena, que imitan haces de armas, banderas desplegadas ó tiendas de campaña, al borde de una llanura. Por la parte de la Arabia presenta, por el contrario, unos peñascos negros cortados á pico, que esparcen á lo lejos su sombra sobre las aguas del mar Muerto. La mas pequeña avecula del cielo no hallaria en esos peñascos una brizna de yerba para su sustento; todo anuncia allí la patria de un pueblo réprobo; todo parece respirar allí el horror y el incesto de que salieron Ammon y Moab.

El valle comprendido entre estas dos cordilleras presenta un suelo parecido al fondo de un mar que se hubiese retirado de mucho tiempo atrás: unas playas de sal, un lecho seco y unas arenas movedizas y como surcadas por las olas. Aquí y acullá crecen con penoso esfuerzo algunos arbustos raquíticos, sobre aquel suelo sin vida; sus hojas están cubiertas de la sal que las ha nutrido, y su corteza tiene el sabor y el olor del humo. En lugar de aldeas descúbrense la ruinas de algunas torres. Por medio del estéril valle corre un rio incoloro, que se arrastra lentamente hácia el pestilente lago en que se sepulta. Su corriente no se distingue entre la arena sino por los sauces y los cañaverales que lo rodean: el árabe se embosca en estos para acometer al viajero y robar al peregrino.

Tales son esos lugares famosos por las bendiciones y las maldiciones del cielo: ese rio es el Jordan; ese lago es el mar Muerto; este mar parece brillante, pero las criminales ciudades que en su seno esconden parecen han envenenado sus olas. Sus solitarios abismos no pueden alimentar á ningun ser viviente; ningun bajel ha oprimido sus ondas; sus márgenes no tienen pajarillos, árboles ni verdor; y sus aguas, de horrosa amargura, son tan pesadas, que los vientos mas impetuosos pueden apenas agitarlas.

Cuando se viaja por la Judea, se apodera al pronto del corazón un profundo disgusto; pero cuando, pasando de soledad en soledad, el espacio se extiende sin límites á la vista, el disgusto se disipa poco á poco, y se experimenta un terror secreto que, lejos de abatir el alma, inspira valor y eleva el genio. Las extraordinarias perspectivas revelan por todas partes una tierra teatro de grandes milagros; el sol abrasador, el águila impetuosa, la higuera estéril, toda la poesía y todos los cuadros de la Escritura se encuentran allí. Cada nombre encierra un misterio; cada gruta declara el porvenir; cada cumbre resuena con los acentos de un profeta. El mismo Dios ha hablado allí: los torrentes secos, los peñascos hendidos, los sepulcros en-

(1) Todas estas descripciones del mar Muerto y del Jordan se hallan en los *Mártires*, lib. XIX; mas, como el asunto es interesante, y he añadido en el Itinerario, muchos rasgos á aquellas, descripciones no he temido repetirlas aquí.



treabiertos, atestiguan el prodigio; el desierto parece aun mudo de terror, y pudiera decirse que no se ha atrevido á romper el silencio deste que oyó la voz del Eterno.

Bajamos de la cima de la montaña para ir á pasar la noche al borde del mar Muerto, para subir luego al Jordan. Al entrar en el valle, nuestra reducida tropa se replegó, y nuestros belemitas cargaron sus fusiles y marcharon con precaucion delante de nosotros. En el camino hallamos algunos de los árabes del desierto que van á buscar sal al lago, y hacen una guerra implacable al viajero. Las costumbres de los beduinos empiezan á modificarse, por resultado de un trato muy frecuente con los turcos y los europeos. En el dia prostituyen á sus hijas y deguellan al viajero á quien antes se limitaban á robar.

Así caminamos por espacio de dos horas, empuñadas las pistolas como en un país enemigo, siguiendo entre los montecillos de arena las grietas formadas en el terreno por los ardores del sol. Una costra de sal cubria la arena, y presentaba la imágen de un campo nevado, sobre el que descollaban algunos miserables arbustos. De repente llegamos al lago; y digo de repente, porque me creía aun muy distante de él, pues ningun rumor, ninguna frescura me habia anunciado la proximidad de las aguas. La arena, sembrada de guijarros, despedía fuego; las aguas no tenian movimiento alguno, y parecian enteramente muertas en las orillas.

Era noche cerrada: lo primero que hice al apearme, fue entrar en el lago hasta las rodillas y acercar la boca á sus aguas, que me fue imposible retener, porque su sabor salobre es mas intenso que el del mar, y produjo en mis labios el efecto de una disolucion concentrada de alumbre. No bien quedaron secas mis botas, se cubrieron de sal, y nuestros vestidos y nuestras manos se vieron impregnados de ella en menos de tres horas; Galeno habia observado ya estos efectos, y Pooke ha confirmado su existencia.

Establecimos nuestro campamento á las orillas del lago, y los belemitas encendieron fuego para preparar el café, pues no carecian de combustibles, porque la orilla estaba llena de ramas de tamarindo que los árabes habian traído. Además de la sal que estos hallan enteramente formada en este lugar, la estraen tambien del agua mediante la ebulicion. Tal es la fuerza de la costumbre, que nuestros belemitas, que habian marchado con la mayor precaucion por el campo, no temieron encender un fuego que podia delatarles. Uno de ellos se sirvió de un medio extraño para hacer prender la llama: dispuso convenientemente el combustible y se bajó sobre el fuego; el humo hinchó su túnica; y levantándose entonces bruscamente, el aire aspirado por esta especie de bomba, hizo salir una llama resplandeciente. Despues de beber el café, mis compañeros se durmieron y yo quedé despierto con nuestros árabes.

A media noche oí algun ruido en el lago. Los belemitas me dijeron que este rumor era producido por legiones de pececillos que acudian á saltar á la orilla. Esto desmiente la opinion generalmente adoptada de que el mar Muerto no produce ningun ser viviente. Hallándose Pooke en Jerusalén, oyó decir que un misionero habia visto peces en el lago Asphaltite. Hasselquist y Maundrell descubrieron unas conchas en sus orillas. M. Seetzen que aun viaja por la Arabia, no halló en dicho mar ni hélices, ni almejas, pero sí algunos caracoles.

Conservo un vaso de hoja de lata lleno del agua que tomé del mar Muerto. Aun no lo he abierto; pero á juzgar por el peso y el ruido, me parece que la cantidad de agua ha disminuido un poco. Mi objeto era ensayar la esperiencia propuesta por Pooke, esto es poner algunos pececillos de mar en esta agua, y examinar si podrian vivir en ella; pero otras ocupaciones

me impidieron verificar este ensayo, y temo que sea ya tarde.

La luna se mostró á las dos de la madrugada, trayendo una fuerte brisa, que no refrescó el ambiente, pero agitó un poco el lago. Las aguas, saturadas de sal, volvian á caer por su propio peso, y batian debilmente las orillas. Un rumor lúgubre salia de aquel lago de muerte, como los ahogados clamores de un pueblo abismado en sus aguas.

La aurora se dejó ver en la montaña de Arabia, enfrente de nosotros. El mar Muerto y el valle del Jordan se tiñeron de un color admirable; pero tan soberbia perspectiva sirvió únicamente para hacer resaltar mas la desolacion del fondo.

El famoso lago que ocupa el lugar de Sodoma y Gomorra se llama *mar Muerto* ó *mar Salado*, en la Escritura; *Asfaltite* por los griegos y los latinos; *Almotenah* y *Bahar-Loth* por los árabes, y *Vla-Degnisi* por los turcos. No puedo asentir á la opinion de los que suponen que el mar Muerto es el cráter de un volcan. He visto el Vesubio, la Solfatara, el Monte-Nuovo, en el lago Fusino, el pico de las Azores, el Mame-life, en frente de Cartago, y los volcanes apagados de la Auvernia, y en todos he visto iguales cráteres, esto es, montañas socavadas á manera de embudo, lavas y cenizas donde no es posible desconocer la accion del fuego. El mar Muerto, por el contrario, es un lago bastante largo, encorvado á modo de arco, enclavado entre dos cordilleras, que ninguna semejanza de forma, ninguna homogeneidad de terreno tienen entre sí. Estas cordilleras no se reunen en las dos estremidades del lago, pues continuan por un lado, cercando el valle del Jordan, acercándose hácia el Norte hasta el lago de Tiberiades; y por el otro, van á perderse hácia el Mediodia, alejándose, en los arenales del Yemen. Es cierto que se encuentran betunes, aguas calientes y piedras fosfóricas en la cadena de las montañas de la Arabia, pero no las he visto en la cordillera opuesta. Por otra parte, la presencia de aguas termales, azufre y asfalto no basta para evidenciar la existencia anterior de un volcan. Por lo que respecta á las ciudades abismadas, me limito á decir que me atengo al sentido de la Escritura, sin llamar á la fisica en mi auxilio. Además, adoptando la opinion del profesor Michaëlis y del sabio Busching en su *Memoria acerca del Mar Muerto*, la fisica puede ser admitida en la catástrofe de las ciudades criminales, sin ofender la religion. Sodoma estaba construida sobre una cantera de betun, como consta por el testimonio de Moisés y de Josefo, que hablan de los pozos de betun del valle de Siddim. Un rayo incendió este golfo, y las ciudades se hundieron en el incendio subterráneo. Mr. Maltebrun conjetura muy razonablemente que Sodoma y Gomorra podian estar construidas con piedras bituminosas, y haberse incendiado con el fuego del cielo.

Estrabon habla de trece ciudades sepultadas en el lago Asphaltite. Estéban de Bizancio cuenta ocho; el *Genesis* coloca cinco *in valle silvestri*: Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim y Bala ó Segor; pero solo señala las dos primeras como destruidas por la cólera de Dios; el *Deuteronomio* cita cuatro: Sodoma, Gomorra, Adama y Seboim; y la Sabiduría cuenta cinco sin nombrarlas: *Descendente igne in Pentapolim*.

Habiendo notado Santiago Cerbo que en el mar Muerto desembocan siete grandes corrientes de agua, Relando deduce de esto que dicho mar debia descartarse por medio de canales subterráneos de las aguas superfleas; Sandy y algunos otros viajeros han emitido la misma opinion; pero hoy está abandonada, á consecuencia de las observaciones del doctor Halley relativamente á la evaporacion; observaciones admitidas por Shaw, quien opina, sin embargo, que el Jordan hace entrar diariamente en el mar Muerto seis millones y noventa mil toneles de agua, sin contar las del Arnon y las de otros siete torrentes. Muchos viajeros, entre

otros Troilo y d' Arvieux, dicen han visto algunos restos de murallas y de palacios en las aguas del mar Muerto. Esto parece confirmado por Maundrell y el padre Nau. Los antiguos son mas terminantes acerca del particular. Josefo, que se vale de una frase poética, dice que se descubrian en las orillas del lago las *sombras* de las ciudades destruidas. Estrabon atribuye sesenta estadios de circuito á las ruinas de Sodoma. Tácito habla de estas ruinas; ignora si todavía existen, porque no las he visto; pero como el lago se levanta ó retira segun las estaciones, puede ocultar ó descubrir alternativamente los esqueletos de las ciudades malditas.

Las otras maravillas que se refieren del mar Muerto han desaparecido ante un examen mas severo. Sábese hoy que los cuerpos se sumergen ó flotan en él, obedeciendo las leyes del peso especifico. Los vapores pestilentes que se ha dicho se exhalaban de su seno, se reducen á un pronunciado olor de marina, á unas humaredas que anuncian ó siguen la emersion del asfalto, y á unas nieblas, tan insalubres á la verdad como todas las nieblas. Si los turcos lo permitiesen algun dia, y se pudiese trasladar una barca de Jafa al mar Muerto, se harian seguramente curiosos descubrimientos en este lago. Los antiguos lo conocian mucho mejor que nosotros, como se ve en Aristóteles, Estrabon, Diodoro de Sicilia, Plinio, Tácito, Solin, Josefo, Galeno, Dioscórides y Estéban de Bizancio. Nuestros mapas antiguos determinan tambien la forma de este lago de una manera mas satisfactoria que los modernos. Nadie hasta el dia le ha dado la vuelta, exceptuando Daniel, abad de San Sabas. Nau nos ha conservado en su *Viaje* la relacion de este solitario; por esta relacion sabemos «que el mar Muerto en su estremidad está como separado en dos, y que hay un camino que lo atraviesa, no pasando el agua de media pierna, á lo menos durante el verano; que allí la tierra se levanta y limita otro pequeño lago de figura un poco oval, rodeado de llanuras y de montañas de sal; que los campos de las inmediaciones están poblados por innumerables árabes, etc.» Nyembourg dice casi lo mismo, y el abate Mariti y Mr. de Volney hacen uso de estos documentos. Cuando poseamos el *Viaje* de Mr. Seetzen, adquiriremos probablemente mejores datos.

Casi no hay un solo lector que no haya oido hablar del famoso árbol de Sodoma; este árbol produce una especie de manzana agradable á la vista, pero de sabor amargo y llena de cenizas. Tácito, en el libro quinto de su *Historia*, y Josefo, en su *Guerra de los judios*, son á mi parecer, los dos primeros autores que han hecho mencion de los extraños frutos del mar Muerto. Foulcher de Chartres que viajaba por la Palestina en 1100, vió la falaz manzana y la comparó á los placeres del mundo. Desde esta época, unos, como Cerverio de Vera, Baumgarten (*Peregrinationis in Egiptum*, etc.), Pedro del Valle (*Viaggi*), Troilo y algunos misioneros, confirman la relacion de Foulcher; otros, como Reland, el padre Neret y Maundrell, se inclinan á creer que este fruto es una imágen poética de nuestras falsas alegrías, *mala mentis gaudia*; finalmente, otros, como Pooke, Shaw, etc., dudan absolutamente de su existencia.

Amman zanja al parecer esta dificultad, pues al describir el árbol, que en su concepto se parece á un espino egipcio, dice que su fruto es una manzanita de hermoso color, etc.

El botánico Hasselquist contradice todo esto. La manzana de Sodoma no es el fruto de un árbol ni de un arbusto, sino la produccion del *solanum melongena* de Linneo. «Hállanse muchas, dice, cerca de Jericó, en los valles inmediatos al Jordan, no lejos del mar Muerto; es verdad que algunas veces están llenas de polvo; pero esto solo sucede cuando el fruto es atacado por un insecto (*tenthredo*), que pulveriza

todo su interior, no dejando intacta sino la piel, sin destruir su color.»

¿Quién, despues de esto, no creeria resuelta la cuestion, fundándose en la autoridad de Hasselquist, y en la mas respetable aun, de Linneo, en su *Flora Palæstina*? Pues no sucede así: Mr. Seetzen, sabio tambien y el mas moderno de todos estos viajeros, puesto que todavía recorre la Arabia, no se conforma con Hasselquist, relativamente al *solanum Sodomæum*. «He visto, dice, durante mi permanencia en Karrak, en casa del párroco griego de esta ciudad una especie de algodón parecido á la seda; este algodón, segun me dijeron, se produce en la llanura de El-Gor, hácia la parte oriental del mar Muerto, en un árbol parecido á la higuera, llamado *Aoés-ncha-er*, y se halla en un fruto parecido á la granada. He creído que estos frutos, que no tienen pulpa interiormente, y que son desconocidos en lo restante de la Palestina, son quizá las famosas manzanas de Sodoma.»

Héme, pues, lleno de dudas, porque creo haber hallado tambien el fruto tan buscado: el arbusto que lo produce, crece en todas partes á dos ó tres leguas de la embocadura del Jordan; es espinoso, y sus hojas son delgadas y pequeñas; se asemeja mucho al arbusto descrito por Amman, y su fruto es enteramente igual en color y forma al limoncillo de Egipto. Cuando este fruto no está aun maduro, se muestra lleno de una sávia corrosiva y salada; y cuando está seco, da una semilla negruzca, que puede compararse á la ceniza y cuyo sabor es igual al de la pimienta amarga. He cogido media docena de estos frutos, y todavía poseo cuatro secos, bien conservados, y que pueden merecer la atencion de los naturalistas.

El 5 de octubre empleé dos horas enteras en recorrer las orillas del mar Muerto, á pesar de los belemitas que me daban prisa para que dejase aquel peligroso lugar. Yo queria ver el Jordan en el punto en que desemboca en el lago, punto esencial que no ha sido reconocido aun sino por Hasselquist; pero los árabes se negaron á acompañarme, porque el rio hace un rodeo á su izquierda, á una legua de su embocadura, y se aproxima á la montaña de Arabia. Hube, pues, de contentarme con caminar hácia el rodeo del rio mas inmediato á nosotros. Levantamos el campo y caminamos por espacio de hora y media con un trabajo excesivo por una arena blanca y fina, y adelantamos hácia un pequeño bosque de tamarindos y árboles aromáticos, que con gran sorpresa veia alzarse en un suelo estéril. Los belemitas se detuvieron de repente, y me señalaron con la mano en el fondo de un barranco un objeto que no habia descubierto. Yo entrevia, sin poder decir lo que era, una especie de arena en movimiento en la inmovilidad del suelo. Acerquéme á este extraño objeto, y vi un rio amarillo que me costaba trabajo distinguir de la arena de entrambas orillas. Estaba hondamente encajonado, y arrastraba con lentitud sus pesadas aguas: era el Jordan.

Habia visto los rios de América con ese placer que inspiran la soledad y la naturaleza; habia visitado el Tiber con ahinco, y buscado con el mismo interés el Eurotas y el Cefiso; pero no puedo decir lo que esperé á la vista del Jordan. Este rio no solo me recordaba una antigüedad famosa, y uno de los nombres mas hermosos que la mas brillante poesia ha confiado á la memoria de los hombres, sino que sus márgenes me presentaban todavía el teatro de los milagros de nuestra religion. La Judea es el único país de la tierra que reproduce al viajero el recuerdo de los asuntos humanos y de las cosas del cielo, y que hace nacer en el fondo del alma, mediante esta mezcla, unas sensaciones y unas ideas que ningun otro país puede inspirar.

Los belemitas se desnudaron y entraron en el Jordan. Yo no me atreví á imitarles por temor á la calen-